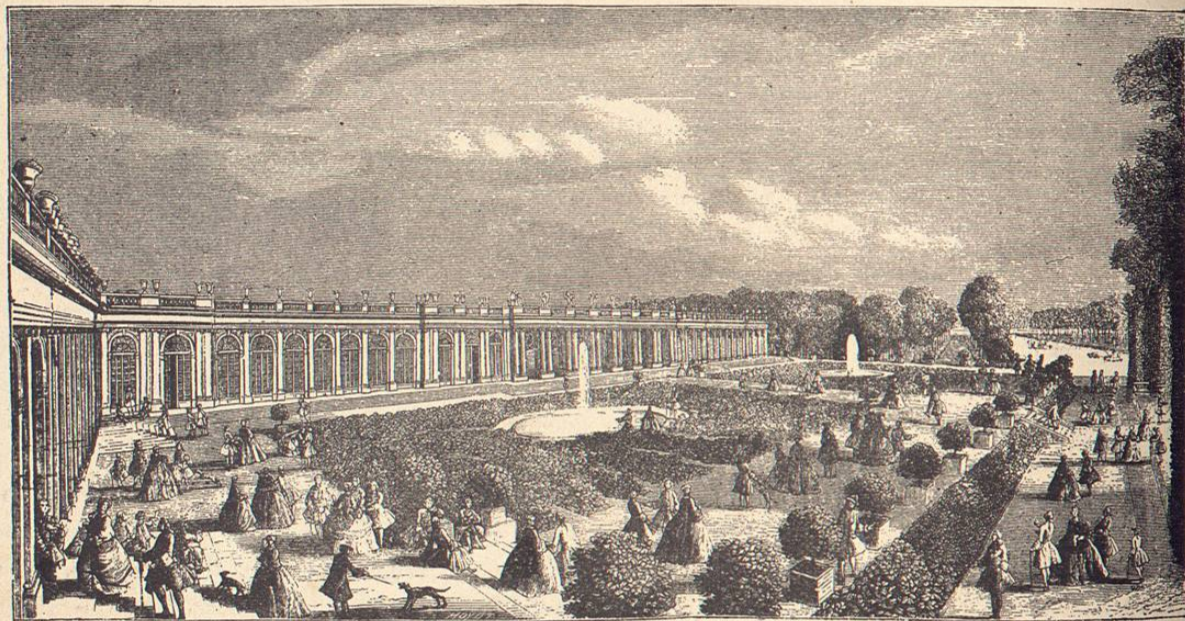


asuntos humanos, cuando para dirigirlos ella misma debe convertirse en preocupación.

III

Desgraciadamente en el siglo XVIII, la razón era clásica y le faltaban las aptitudes y los documentos para entender la tradición. En primer lugar se ignoraba la historia, la erudición repugnaba porque es fastidiosa y pesada, desdenábanse las compilaciones



El grande Trianon

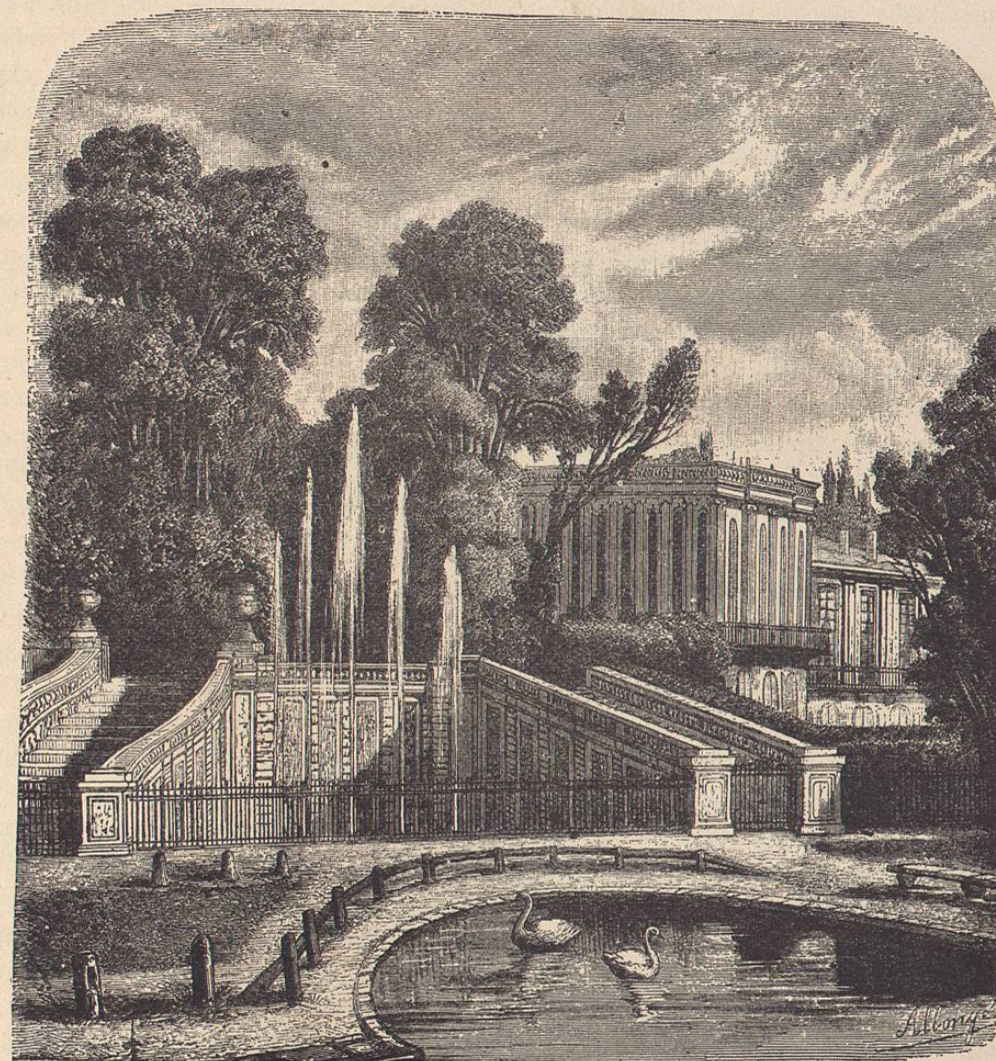
de ser epigramática ú oratoria; los detalles técnicos ó escuetos habrían disgustado á un público que se componía de personas de la buena sociedad; el buen estilo omitía ó falseaba, los pocos hechos de significación que daban á los caracteres antiguos un giro propio y su relieve original. Aún cuando alguno se hubiere atrevido á llamar sobre ellos la atención no se habría comprendido ni su significación ni su alcance. La imaginación simpática no existía; no se sabía salir de sí mismo, trasladarse á lejanos puntos de vista, representarse los raros y violentos estados del humano espíritu, los momentos decisivos y fecundos, durante los cuales da á luz una criatura viable, una religión destinada á imperar, un Estado duradero. El hombre no piensa sino con su experiencia; y en qué punto de esa experiencia la gente de aquella sociedad hubiera encontrado materiales para imaginarse las convulsiones del parto? ¿Cómo, inteligencias tan atildadas y amables, habrían podido armonizar con los sentimientos de un apóstol, de un fraile, de

doctas, las grandes colecciones de textos, el trabajo lento de la crítica. Voltaire ridiculizaba á los benedictinos. Para hacer admitir su *Espíritu de las leyes*, Montesquieu se veía en la necesidad de hablar de ellas de una manera grandilocuente. Reinal, para poner en boga su historia del comercio de las Indias, procuraba surcir en ella las declamaciones de Diderot. El abate Barthelemy había de ostentar la uniformidad de su barniz literario sobre la verdad de las costumbres griegas. La ciencia tenía obligación

de ser epigramática ú oratoria; los detalles técnicos ó escuetos habrían disgustado á un público que se componía de personas de la buena sociedad; el buen estilo omitía ó falseaba, los pocos hechos de significación que daban á los caracteres antiguos un giro propio y su relieve original. Aún cuando alguno se hubiere atrevido á llamar sobre ellos la atención no se habría comprendido ni su significación ni su alcance. La imaginación simpática no existía; no se sabía salir de sí mismo, trasladarse á lejanos puntos de vista, representarse los raros y violentos estados del humano espíritu, los momentos decisivos y fecundos, durante los cuales da á luz una criatura viable, una religión destinada á imperar, un Estado duradero. El hombre no piensa sino con su experiencia; y en qué punto de esa experiencia la gente de aquella sociedad hubiera encontrado materiales para imaginarse las convulsiones del parto? ¿Cómo, inteligencias tan atildadas y amables, habrían podido armonizar con los sentimientos de un apóstol, de un fraile, de un fundador bárbaro ó feudal, verles en el medio ambiente que los explica y justifica, representarse la multitud circunstante, primero de las almas desoladas, visitadas por la visión mística, y luego de los cerebros toscos y violentos entregados al instinto y á las imágenes, que pensaban por semi-visiones y cuya voluntad estaba constituida por irresistibles pulsos? La inteligencia razonadora no concebía semejantes figuras; para introducir las en su cuadro rectilíneo, necesario era reducirlas y rehacerlas; el Macbeth de Shakespeare se convertía en el de Ducis, y el Mahoma del Corán en el de Voltaire. Por consiguiente, no viendo los espíritus, desconocíanse las instituciones; no se sospechaba que la verdad no hubiera podido establecerse sino por medio de la leyenda, que la justicia no hubiese podido establecerse sino por medio de la fuerza, que la religión hubiese debido revestir la forma sacerdotal, que el Estado hubiese debido adoptar la forma militar y que el edificio gótico como otro cualquiera, tuviese

su arquitectura, sus proporciones, su equilibrio, su solidez, su utilidad y hasta su belleza. Por consiguiente, también no comprendiendo el pasado tampoco se comprendía el presente. Ninguna idea exacta se tenía del labrador, del obrero, del burgués de provincia, ni siquiera del simple caballero del cam-

po; solo se les veía de lejos, medio borrados, transformados enteramente por la teoría filosófica y por la niebla del sentimentalismo. «Dos ó tres mil,» dice Voltaire en el artículo *Suplicios* de su *Diccionario filosófico*, dos ó tres mil personas de la buena sociedad ó literatos formaban el círculo de la gente de-



Vista de Versalles

cente y no salían de él. Si alguna vez en sus castillos ó durante algún viaje, traslucían al pueblo, era de paso y á poca diferencia como veían á sus caballos de posta ó los ganados de sus alquerías, compasivamente, es cierto, pero sin comprender sus turbulentos pensamientos ni sus sombríos instintos. No se figuraban la estructura de su espíritu todavía primitivo, la rareza y tenacidad de sus ideas, lo estrecho de su vida rutinaria, maquina, entregada al trabajo manual, absorbida por el cuidado del pan cotidiano, confinada en los límites del horizonte

visible, con su devoción al santo de la localidad, á los ritos, al sacerdote, con sus profundos rencores, su desconfianza inveterada, su credulidad fundada en la imaginación, su incapacidad para concebir el derecho abstracto y los sucesos públicos, el trabajo sordo por el cual las nuevas políticas se transformaban en su mente en cuentos de aparecidos ó consejos, sus enamoramientos contagiosos como los del carnero, sus furores ciegos como los del toro, y todos esos rasgos característicos que la Revolución iba á dar á luz. Más de veinte millones de hombres ha-

bía cuyo estado mental había pasado apenas del que existía en la Edad media; por esta razón en sus grandes líneas, el edificio social en que podían vivir había de ser de la Edad media. Era necesario sanearlo, limpiarlo, abrir en él ventanas, derribar cercas, pero conservar sus cimientos, la obra maestra y la distribución general; sin lo que, tras haber destruido y acampado diez años al raso á manera de salvajes, sus huéspedes se habían de ver obligados á reedificar sobre el mismo plano á corta diferencia. En los espíritus inculcos que no han llegado á la reflexión, las creencias no se unen sino al símbolo corpóreo y no se produce la obediencia sino por la violencia física; no hay religión sino con el cura, ni Estado sino con el gendarme. Un solo escritor, Montesquieu, el más intruido, el más sagaz y el más equilibrado de todos los espíritus de su siglo, distingue estas verdades, porque era á un mismo tiempo erudito, observador, historiador y jurisconsulto. Pero hablaba como un oráculo, por sentencias y enigmas; corría como sobre ascuas al tratar de su país y de su época. Por esta razón vivía respetado, pero aislado, y su celebridad no era una influencia. La razón clásica se negaba á ir tan lejos para estudiar tan penosamente al hombre antiguo y al hombre contemporáneo. Era para ella más cómodo y más corto continuar su inclinación original, cerrar los ojos sobre el hombre real, volver á entrar en su almacén de nociones corrientes, sacar de él la noción del hombre en general y edificar por ahí arriba, en los espacios. Por esta ceguera natural y definitiva deja de ver las raíces antiguas y vivientes de las instituciones contemporáneas, y no viéndolas, niega su existencia. Para ella, la preocupación hereditaria, no es más que una simple preocupación; la tradición no tiene título alguno y su reinado no es más que una usurpación. Hé ahí desde entonces la razón en campaña contra su predecesora para arrebatarse la dirección de los espíritus y sustituir el régimen de la mentira.

IV

En esta gran expedición hay dos etapas. Por timidez ó buen sentido, unos se detienen á la mitad del camino. Por lógica ó pasión van los otros hasta el fin. Una primera campaña quita al enemigo sus defensas exteriores y sus fortalezas fronterizas; es Voltaire que conduce al ejército filosófico. Para combatir la preocupación hereditaria se le oponen otras cuyo imperio es tan extenso como el suyo y cuya autoridad no es menos reconocida. Montesquieu

contempla la Francia con los ojos de un persa, y Voltaire, regresando de Inglaterra, describe á los ingleses, especie desconocida. Frente al dogma y al culto reinantes, se desarrollan con una ironía abierta ó disimulada los de las diversas sectas cristianas, anglicanos, cuáqueros, presbiterianos, socerianos, los de los pueblos antiguos ó remotos, griegos, romanos, egipcios, mahometanos, güebros, adoradores de Brahma, chinos, simples idólatras. En frente de la ley positiva y de la práctica establecida, expónense con visible intención las demás constituciones y las otras costumbres, despotismo, monarquía limitada, república; aquí la Iglesia sometida al Estado, allá la Iglesia separada del Estado; en este país, castas, en aquél la poligamia, y de comarca en comarca, de siglo en siglo, la diversidad, la contradicción, el antagonismo, costumbres fundamentales que, cada una en sí están igualmente consagrados por la tradición, y forman todas legítimamente el derecho público. Desde este momento queda roto el encanto. Las antiguas instituciones pierden su prestigio divino; ya no son más que obras humanas, productos del lugar y de la época nacidos de una conveniencia y de un convenio. El excepticismo penetra por todas las brechas. En lo referente al cristianismo todo se cambia inmediatamente en hostilidad pura, en polémica prolongada y encarnizada; porque á título de religión del Estado, ocupa el cargo de tal, censura el libre pensamiento, manda quemar los escritos, destierra, encarcela ó molesta á los autores y se encuentra en todas partes como adversario natural y oficial. Por otra parte, como religión ascética que es, no sólo condena las costumbres alegres y relajadas que la nueva filosofía tolera, sí que también las inclinaciones naturales que autoriza y las esperanzas de dicha terrena que pone ante todos los ojos. Por eso están de acuerdo contra él, el corazón y la inteligencia. Con los textos en la mano Voltaire le persigue desde uno á otro extremo de su historia, desde los primeros cuentos bíblicos hasta las primeras bulas, con una animosidad y un numen implacables, como crítico, como historiador, como lógico, como moralista, comprobando fuentes, oponiendo testimonios, hundiendo el ridículo como una piqueta en todos los puntos flacos donde el instinto sublevado tropieza con su cárcel mística y en todos los sitios dudosos donde las aplicaciones ó remiendos posteriores desfiguraron el primitivo edificio. Pero respeta del cristianismo su primer basamento y en esta parte, los más grandes escritores del siglo hacen otro tanto. Bajo las religiones positivas que son falsas hay la religión natural que es verdadera.

V

Esto es el texto sencillo y auténtico de que las demás son traducciones alteradas y amplificadas. Quiétese la sobrecarga ulterior y divergente; queda el original, y ese extracto común con el cual concuerdan todas las copias es el deísmo. Igual operación se realiza en las leyes civiles y políticas. En Francia, donde tantas instituciones superviven á su utilidad, donde los privilegios no están ya justificados por los servicios, cuyos derechos se han cambiado en abusos, ¿qué arquitectura hallar tan incoherente como la de la antigua casa gótica? ¡Cuán mal construida está para un pueblo moderno! ¿De qué sirven en un Estado unido y único, todos estos compartimientos feudales que separan las clases, las corporaciones, las provincias? Un arzobispo feudal de una semiprovincia, un cabildo propietario de doce mil siervos, un abad de salón con una buena renta sobre un monasterio que no vió jamás, un señor magníficamente pensionado por figurar en las antecámaras, un magistrado que compra el derecho de administrar justicia, un coronel que sale del colegio para ir á mandar su regimiento hereditario, un negociante de París que por haber alquilado por un año, una casa en el Franco-Condado, enajenera *ipso-facto* la propiedad de sus bienes y de su persona... ¡Cuán vivas paradojas! Y las hay parecidas en toda la Europa. Lo mejor que puede decirse en pro «de una nación civilizada,» según dice Voltaire en sus *Diálogos*, es que sus leyes, usos y prácticas se componen por partes iguales de abusos y de usos tolerables. Pero bajo estas legislaciones positivas que se contradicen unas á otras, y cada una de las cuales se contradice á sí misma, hay una ley natural sobreentendida en los códigos, aplicada á las costumbres. «Enseñadme un país en que sea honrado robarme el fruto de mi trabajo, violar una promesa, mentir para perjudicar, calumniar, asesinar, envenenar, ser ingrato para con su bienhechor, pegar al padre y á la madre que nos dan de comer.» «Lo que es justo ó injusto lo es en todo el Universo.» Y en la peor sociedad, la fuerza se pone hasta cierto punto al servicio del derecho, lo mismo que en la peor religión, siempre el dogma extravagante proclama en cierto modo á un supremo arquitecto. Por eso las religiones y las sociedades disueltas por el examen, dejan entrever en el fondo del crisol un residuo de verdad las unas y un residuo de justicia las otras, resto pequeño pero precioso, especie de lingote de oro que la tradición conserva, que la razón purifica, y que poco á poco, despojada de su liga, trabajado, empleado en todos los usos, debe por sí solo suministrar toda la sustancia de la religión y toda la hilaza de la sociedad.

Aquí empieza la segunda expedición filosófica. Esta se compone de dos ejércitos: el primero es el de los enciclopedistas escépticos unos como de Alembert, semipanteístas, otros como Diderot y Lamark, y otros ateos francos y materialistas puros como de Holbach, Lamettrie, Helvetius, y más tarde Condorcet, Lalande y Volney, diferentes todos é independientes unos de otros, pero unánimes todos en que la tradición es el enemigo común. Tal es el resultado de las luchas prolongadas; con su duración la guerra se encona; se quiere conquistarla todo, rechazar al adversario hasta el fin, echarle de todas sus posiciones. No se quiere admitir que la razón y la tradición puedan juntas y de acuerdo defender la misma fortaleza; desde que la una entra, necesario es que la otra salga. Desde entonces se establece una preocupación contra otra preocupación. Verdad es que Voltaire, el patriarca, no quiere apartarse de su Dios remunerador y vengador, pues, como él mismo dice en el artículo *Religión* de su *Diccionario filosófico*. «Si tenéis un caserío que gobernar, necesario es que haya en él una religión.» Tolerémosle ese resto de superstición en gracia á sus grandes servicios, pero consideremos como hombres el fantasma que contempla él con ojos de niño. Lo admitimos en nuestro espíritu por la fe, y la fe es siempre sospechosa. Ha sido forjado por la ignorancia, por el miedo, por la imaginación, fuerzas todas engañadoras. No era al principio sino el ídolo de un salvaje; en vano lo hemos purificado y engrandecido, porque siempre se resiente de su origen; su historia es la de un sueño hereditario que nacido en un cerebro loco y tosco, se ha prolongado de generación en generación y subsiste aún en el cerebro culto y sano. Voltaire quiere que este sueño sea verdad porque de otra manera no puede explicar la bella armonía del mundo y porque un reloj supone un relojero; antes sería necesario probar que el mundo es un reloj y buscar si la armonía regularmente incompleta, que en él se observa deja de explicarse mejor con una hipótesis más sencilla y más conforme á la experiencia, la de una materia eterna en la que es eterno el movimiento. Partículas móviles y movientes cuyas diversas clases tienen diferentes estados de equilibrio; hé ahí los minerales, la sustancia inanimada, mármol, cal, aire, carbón (1).

De todo eso formo humus ó tierra vegetal, «siem-

(1) *El sueño de de Alembert*, por Diderot.